

artículos

Perspectivas y prioridades del desarrollo social centroamericano y su financiamiento*

Roberto Mayorga Cortés**

EN ESTE ARTICULO SE ANALIZAN LAS PERSPECTIVAS QUE EL DESARROLLO CONFRONTARÁ EN LOS PRÓXIMOS AÑOS PARA SUPERAR LA FORMA TRADICIONAL DE ENFOCAR LOS SECTORES SOCIALES CONVENCIONALES. EL AUTOR PARTE DEL ESTILO DE DESARROLLO ECONÓMICO CENTROAMERICANO Y DE LA CRISIS ECONÓMICA PARA LLEGAR AL ANÁLISIS DEL DESARROLLO SOCIAL, SUS PRIORIDADES Y SU FINANCIAMIENTO.

Actualmente referirse al tema social centroamericano plantea una tarea de complejidad que hace apenas seis años, cuando nos tocó descontinuar una vinculación de catorce años con el proceso centroamericano de integración económica. Por consiguiente, en este artículo he procurado ver a Centroamérica con objetividad y realismo, pero también con cierta dosis de vehemencia, ya que el tema bajo examen atañe directamente al

drama humano, que vive la región, y que no tiene precedentes en nuestra historia.

Teniendo en cuenta que las complejidades de esta materia no permiten su simplificación, antes de examinar las prioridades del desarrollo social y su financiamiento, considero oportuno valorar las perspectivas que el desarrollo social confrontará en los próximos años, con el propósito de situar mis comentarios en un contexto apropiado. Una simplificación inexcusable sería tratar lo social en la forma tradicional, esto es, refiriéndome exclusivamente a los cinco sectores que en forma convencional

* Ponencia presentada al Foro: "Centroamérica - Crisis y Perspectivas", organizado por el BCIE y el BID y realizado en Tegucigalpa, Honduras, el 26 de febrero de 1985. Se publica con autorización verbal del autor.

** Economista. Funcionario del BID.

se han venido calificando como tales en los últimos veinticinco años: tenencia de la tierra, nutrición y salud, educación, desarrollo urbano o vivienda, agua potable y alcantarillado, sin examinar parte del trasfondo en que se han desenvuelto. No se trata de restarle importancia a las condiciones reales que prevalecen en cada una de estas áreas, sino, más bien, examinar, en un principio los principales aspectos del subdesarrollo de la región que determinan, condicionan o limitan la viabilidad de una acción más amplia y efectiva en aquellos campos, los cuales, por lo demás, constituyen derechos humanos fundamentales.

Las perspectivas del desarrollo social centroamericano

La tesis que se plantea en esta parte de mi exposición, es que el estado actual del desarrollo social centroamericano es el resultado de una acumulación histórica de diversos factores -entre los que, para fines de análisis, podrían considerarse por lo menos cuatro, claramente diferenciados desde el punto de vista cronológico y conceptual-. Ellos son: 1) El estilo del desarrollo económico centroamericano seguido hasta 1980; 2) La naturaleza del ajuste económico regional que tuvo lugar entre 1973 y 1980; 3) Las implicaciones de la recesión económica internacional del período 1980-1984; y 4) El impacto desarticulante de la actual crisis política regional.

El estilo del desarrollo económico centroamericano hasta 1980

La experiencia de las tres últimas décadas en Centroamérica confirma que el crecimiento económico no genera, por sí sólo, desarrollo social. Este hecho ha sido ampliamente examinado en el documento elaborado por la CEPAL, en febrero de 1983, titulado: "La crisis en Centroamérica: Orígenes, Alcances y Consecuencias". En ese documento se demuestra que las diversas transformaciones que se produjeron en la economía regional entre 1950 y 1980, se yuxtapusieron a la estructura económica y social preexistente, sin alterar estas últimas en su esencia, en un proceso que se caracteriza por el término "desarrollo aditivo" o "desarrollo excluyente". Dicho concepto sugiere que hasta 1980 se habían producido algunos logros -por cierto importantes- en el desarrollo centroamericano, entre ellos, un proceso de modernización y diversificación del aparato productivo; el surgimiento de estratos de ingresos medios, principalmente como resultado del proceso de urbanización-; la creciente integración física de las distintas zonas geográficas de los países y del conjunto de la región; y ciertos avances en el suministro de servicios de salud y educación. Por importantes que hayan sido estos progresos de acuerdo con la CEPAL, el hecho que cabe destacar es que éstos se dieron básicamente, como resultado de un "derrame" derivado del crecimiento económico, sin que hayan obedecido, por consiguiente, a una acción deliberada de los países y sin modificar en sus aspectos sustantivos las estructuras económicas prevalecientes,

enero-junio/1989

ya que las "transformaciones o reformas pacíficas y ordenadas se dieron dentro de límites muy estrictos en la mayoría de los países".¹

De acuerdo siempre con la CEPAL, algunos ejemplos del "desarrollo aditivo" fueron los programas de repartición de tierras y colonización, como sustitutos de la reforma agraria; el ahorro externo como sustituto -en vez de complemento- del ahorro interno; y el propio proceso de integración económica "como una forma de ampliar la dimensión del mercado sin tener que acudir a medidas más dolorosas e inviables en el ámbito de la política redistributiva".² Alrededor de este último tema quisiera señalar, sin embargo, que los planteamientos iniciales del proceso de integración económica anticipaban la necesidad de ir adoptando acciones en los aspectos sociales del desarrollo, especialmente en materia de demografía, tenencia de la tierra, distribución del ingreso, vivienda, capacitación de la fuerza de trabajo, y costos y productividad de la mano de obra, temas a los que se refieren las Resoluciones 73, 94, 122, 128 y 129, del Comité de Cooperación Económica del Istmo Centroamericano: pero alrededor de los cuales no se lograron plasmar compromisos jurídicos en el marco del esquema de integración, a pesar de que la última resolución antes citada (No. 129) del CCE, aprobada en enero de 1963, reconocía que: "i) desde el punto de vista de los objetivos últimos de

la integración económica los aspectos sociales del desarrollo integrado revisten creciente importancia dentro del programa; y ii) que el estudio y planeamiento de estos problemas deben orientarse de modo directo hacia la adopción de aquellas acciones de política económica que resulten más apropiadas para resolverlas." Similares señalamientos hizo, en el primer quinquenio de la década de los sesenta, la Misión Conjunta de Programación para Centroamérica (OEA-BID-CEPAL), de nuevo, sin mayor grado de éxito. La necesidad de avanzar en esas materias era evidente no sólo por los méritos intrínsecos del desarrollo social, sino porque la incorporación de las mayorías de población al proceso de desarrollo era también la única manera de sustentar, o hacer posible, en el largo plazo, mayores avances en materia de industrialización. En suma, en la óptica de la tesis integradora, el desarrollo económico y el desarrollo social eran las dos caras de una misma moneda - el bienestar general y, en consecuencia, se reforzaban mutuamente.

En todo caso, en 1980 continuaron prevaleciendo los siguientes factores que limitaron las posibilidades del desarrollo social: la desigual distribución de la tenencia de la tierra; la inequitativa distribución del ingreso; y el mantenimiento de altos niveles de pobreza extrema. Por supuesto, estos tres factores se encuentran íntimamente vinculados entre sí, y hasta cierto punto reflejan distintas maneras estadísticas de apreciar o describir un sólo fenómeno: el grado elevado de pobreza o marginalidad de una parte altamente significativa de la población centroamericana. De esa manera,

1. *La crisis en Centroamérica: Orígenes, alcances y consecuencias*, E/CEPAL/MEX/1983/R.3, 23 de febrero de 1983, pp. 8-18.

2. *Ibid*, pp. 9-10.
enero-junio/1989

según la CEPAL, hacia 1980, del total de 20.7 millones de habitantes que tenía la región, 13.2 millones (64.%) se encontraban en estado de pobreza y de ellos, 8.7 millones (42%) podrían considerarse como en extrema pobreza, en tanto que 4.5 millones (22%) no estaban en condiciones de satisfacer sus necesidades básicas. Dicha situación era, por supuesto, más grave en las zonas rurales, ya que en ellas, 9.5 millones de habitantes vivían en estado de pobreza, de los cuales 6.5 millones lo hacían en condiciones de pobreza extrema.

El ajuste económico del período 1973-1979

No voy a referirme en detalle al tipo de evolución económica que tuvo Centroamérica en la década de los años sesenta. Sólo quisiera subrayar, que es precisamente en la década recién pasada, cuando por primera vez durante el período de post-guerra surge la inflación como un fenómeno de importancia en Centroamérica. Así, mientras en las décadas de los cincuentas y los sesentas el crecimiento de los precios al consumidor se mantuvo a niveles que en cada país oscilaban entre 1.0 y 3.0 por ciento, entre 1973 y 1980 dicho índice alcanzó tasas anuales de aumento que, con variaciones de país a país, fueron, en promedio, de entre 10 y 15 por ciento. Subrayo el tema de la inflación, por-

que considero que la reducción del poder adquisitivo que se inició en esa época incidió de manera decisiva sobre el deterioro subsiguiente de las condiciones de vida de la población. Por otra parte, al conducir de manera ineludible al primer salto cuantitativamente importante en el incremento de la deuda externa, la década de los setenta significó para Centroamérica el comienzo de una postergación, todavía mayor que el pasado, de las transformaciones sociales.³ La agravación del desempleo abierto y de la subocupación que se produjo en esos años sirvió de antesala al deterioro más grave que se presentó después de esa variable, al surgir la recesión económica internacional del período 1980-1984. Los primeros recortes masivos del gasto social se produjeron en aquellos años y el uso, no siempre eficiente de los recursos obtenidos en el exterior, contribuyó a acentuar el desequilibrio financiero, atenúandose el proceso inflacionario únicamente por la vía del mantenimiento de niveles relativamente altos de importación.

Asimismo, hacia finales de la década anterior se habían también agotado prácticamente, las oportunidades de desarrollo que ofrecía la integración subregional, al menos en lo que se refería al esquema de una fácil sustitución de importaciones. Lo más significativo de este período es, sin embargo, que ante el surgimiento de nuevos problemas en la región, se entronizó en algunos países la acción inmediatista, la preocupación cortoplacista, descuidándose la visión de mediano y largo plazo que permitiera ofrecer nuevas salidas, nuevas soluciones, a los principales problemas que para ese entonces ya tenía planteado

enero-junio/1989

3. El saldo de la deuda externa bruta desembolsada, de los países centroamericanos, pasó de US\$1,630 millones, a fines de 1972, a US\$8,500 millones hacia fines de 1980 (Fuente: CEPAL).

da la región. El propio fracaso de las negociaciones para reestructurar el Mercado Común Centroamericano que se producen entre 1973 y 1976, es en parte, el producto de un ambiente en Centroamérica que siente ya el peso agobiante de una situación económica frente a la que se considera impotente y en el que comienzan a vislumbrarse soluciones estrictamente nacionales, o como producto de la cooperación entre pares de países.

Actualmente, muy pocas personas se atreverían a reconocer que en la década de los setenta Centroamérica realizó un acto supremo de introspección que no tenía precedentes en la zona y que el diagnóstico y las discusiones sobre la reestructuración del Mercado Común Centroamericano no fueron otra cosa que un espejo en el cual no nos gustaba vernos porque revelaba nuestras propias limitaciones y no nos ofrecía la imagen que queríamos ver reflejada. Así, nunca antes como en esa época, se discutió amplia y abiertamente en Centroamérica el tema de la participación social, que es, en el fondo, el tema central de la democratización. Por ello, cuando los países de la región no lograron encontrar una solución apropiada a la reestructuración del Mercado Común -cualquiera que dicha solución hubiera sido- reconocieron también, con esa omisión, que no deseaban modificaciones en el *statu quo* económico y, quizás, sin darse cuenta, cerraron una vez más el paso a la transformación social pacífica y ordenada, al reformismo, de que nos habla la CEPAL.

Las consecuencias de esa falta de visión no han sido todavía evaluadas en Centroamérica, entre otras razones
enero-junio/1989

porque una de nuestras principales características es la poca importancia que le conferimos a la memoria colectiva y también, aunque quizás nos cueste aceptarlo, porque en Centroamérica no hemos reconocido todavía la trascendencia del pensamiento y de las estrategias de largo plazo, en circunstancias en que el resto del mundo -sobre todo los países industrializados- no pueden ya sobrevivir sin una visión del futuro. Esa visión creadora de futuro no tiene por qué ser un privilegio de los países desarrollados, podría haberse dado hacia finales de la década de los setentas, y debe ser tarea incesante y permanente de todos nosotros, aún en las circunstancias más difíciles por las que ahora atraviesa Centroamérica.

Reconozco que en ese entonces no era fácil que se diera ese tipo de visión, ante el carácter apremiante de los problemas que vivíamos. Pero sí era posible. Y pienso que ese temor casi irreflexivo de otear en el futuro, a la hora de las decisiones fundamentales, que demostramos los centroamericanos en la década de los años setentas, contribuyó a coartar la imaginación, condujo al inmovilismo, y limitó, en fin, nuestras propias posibilidades y opciones de desarrollo. Si esta breve disquisición fuera correcta, la relevancia que podría tener desde el punto de vista del desarrollo social es que nos ha impedido actuar en forma anticipatoria y preventiva, vale decir, antes de que los desequilibrios sociales lleguen a traducirse en convulsiones profundas o en conflictos irreversibles. Podría ser también útil, en la exploración de las soluciones que hoy en día requiere la región, en el sentido de que sólo una visión de mediano y lar-

go plazo nos permitiría ver las respuestas que debemos dar a la actual encrucijada regional.

Las implicaciones de la recesión económica internacional, 1980-1984

Desde el punto de vista que nos interesa examinar, esto es, la incidencia de la desfavorable evolución económica de la región sobre las variables sociales, no hay duda de que el quinquenio recién pasado ha situado a la región al borde mismo de un gravísimo deterioro. De hecho, ese deterioro ya se ha iniciado, pero puede tornarse más grave todavía si se mantienen o empeoran las presentes tendencias. Basta recordar, como lo señaló en septiembre de 1983 nuestro vocero regional, el Dr. Carlos Manuel Castillo, en Bruselas, que de acuerdo con las hipótesis más optimistas, "las proyecciones disponibles basadas en datos de los organismos multilaterales, llevan a la conclusión dramática de que será muy difícil restablecer, para 1990, un ingreso por habitante igual al que se registró en 1980. Dicho de otra manera, en el mejor de los casos podemos aspirar a una década de estancamiento".

Resulta imposible, desde un punto de vista metodológico, separar el impacto de la recesión de los efectos de la crisis política, ya que ambos factores se han reforzado mutuamente. Lo que nos interesa es destacar el impacto social de los siguientes hechos: 1) La rápida transición de una época de desaceleración del crecimiento -década de los setenta- a fases sucesivas de estancamiento y contracción económica, lo que ha pro-

vocado: i) la acentuación de los desequilibrios en la distribución del ingreso, ii) la intensificación de los niveles de pobreza; iii) la reducción del consumo; iv) el pronunciado deterioro del salario real; y 2) el creciente impacto, sobre todos los factores antes mencionados, del proceso de ajuste económico que han debido hacer, con distintos grados de intensidad, los cinco países. Un aspecto que deseo subrayar es que, al principio de la presente crisis, la integración económica, con todas sus limitaciones, permitió una vez más amortiguar parcialmente el impacto negativo del comportamiento de la economía internacional, asegurando determinados abastecimientos mientras se pudo mantener sin mayores problemas el funcionamiento del sistema de créditos recíprocos de la Cámara de Compensación Centroamericana. No obstante, lo que tampoco puede perderse de vista es que la alta interdependencia de los cinco países también acentuó posteriormente los desequilibrios de algunos de ellos, al funcionar la integración como factor transmisor de las tendencias recesivas o contraccionistas.

El impacto desarticulante de la crisis política regional

Ya hemos hecho referencia a la interacción entre la contracción económica impuesta por el comportamiento adverso de la economía internacional, el proceso de ajuste y la crisis política, propiamente dicha. Cabe ahora aislar el drama humano directamente vinculado a esta última. En días recientes finalizó, en esta misma ciudad, el encuentro
enero-junio/1989

de los Obispos de Centroamérica, México y Panamá, en el cual se destacó que unos dos millones de personas han resultado directamente afectadas por la crisis y viven en calidad de desplazados o refugiados. A corto y mediano plazo esta situación requerirá una atención especial.

Las prioridades del desarrollo social y su financiamiento

En la primera parte de esta exposición se propuso poner de relieve la complejidad del cuadro social centroamericano. Referirse a sus prioridades más allá de la situación de los desplazados y los refugiados, no es tampoco tarea sencilla.

Quisiera señalar, en primer término, que una de las principales conclusiones del análisis anterior es que mientras el crecimiento económico no asegura el desarrollo social, el estancamiento y la contracción económica sí conducen a graves tensiones sociales. Si esta aseveración tuviera validez, sería obvio concluir que al menos para reducir la posibilidad de que surjan en el corto y mediano plazo, mayores deterioros y tensiones sociales, lo que se requiere es superar gradualmente la etapa de contracción económica en que nos encontramos, y centrar la mayor parte de los esfuerzos inmediatos en la consecución de ese objetivo, por difícil que éste sea. El peso de la deuda, la falta de ajuste económico por parte de los países desarrollados, la contracción del financiamiento otorgado por la banca comercial, y la creciente condicionali-

enero-junio/1989

dad de la cooperación financiera brindada por los principales organismos financieros multilaterales de carácter mundial, han tornado esta tarea en un esfuerzo de naturaleza casi Prometeica. No hay, sin embargo, por ahora, otro camino.

En realidad, lo que la profundidad de la crisis nos está diciendo es que nuestro propio esfuerzo interno tiene que intensificarse, y casi ser llevado a sus límites. En la actual circunstancia centroamericana, se requiere moderar el espejismo de una ayuda masiva proveniente del exterior. En primer lugar, porque la perspectiva de que esa cooperación se materialice no parece ser muy inmediata y, en segundo término, porque si se produjera, vendría a ser, una vez más, sustitutiva -no complementaria- del esfuerzo interno. En otras palabras, requerimos de un importante apoyo externo, pero cada país debe graduar internamente esa necesidad para evitar el surgimiento de nuevos transtornos, entre ellos, la consolidación de las tendencias inflacionarias.

En este mismo orden de ideas, pienso que Centroamérica debe hacerle un serio planteamiento a la comunidad internacional sobre la imperiosa necesidad de que nuestros países puedan acceder a los fondos blandos de la Asociación Internacional de Fomento (AIF), subsidiaria del Banco Mundial, y también optar a préstamos de ese mismo tipo por parte de la cooperación bilateral. Actualmente, la región se encuentra en el dilema de que por las limitaciones de su capacidad de endeudamiento, algunos países no tienen acceso a los préstamos tradicionales del Banco Mundial y otros sólo pueden aspirar a

un acceso sumamente limitado, en tanto que ninguno de ellos puede recibir préstamos de la AIF en razón de su nivel de ingreso por habitante. Considero esta reflexión de suma importancia, ya que de otra manera difícilmente se podrían continuar recibiendo recursos externos para los sectores "sociales" y si se recibieran, al menos en lo que se refiere al Banco Mundial, no vendrían en las condiciones que exige la dramática situación regional. La obtención de recursos concesionarios surge, así, como un prerrequisito para atender adecuadamente el desarrollo social.

Un aspecto que deseo subrayar, es que hasta hace muy poco tiempo prevalecía en algunos círculos el criterio de que los gastos en los sectores sociales eran inproductivos. Aparte de que en el caso de la educación semejante apreciación es absolutamente equivocada, la experiencia del Banco Mundial ha demostrado lo contrario. Así, desde fines de la década de los setentas se llegó a establecer en forma empírica lo que muchos expertos del mundo en desarrollo habían ya intuído o comprobado: en el largo plazo, una mejor educación y mejores condiciones de nutrición y salud, contribuyen a aumentar la productividad de la fuerza de trabajo, a reducir la tasa de natalidad, a aumentar la capacidad individual para iniciar procesos de cambio o transformación, así como para absorber y desarrollar tecnología, y a crear, en fin, un ambiente político más estable para impulsar el desarrollo.

Se ha demostrado también, que todo lo anterior se puede realizar aún en países con ingresos por habitante sumamente bajos, sin sacrificar

el crecimiento económico; entre otras razones, porque los vínculos y complementariedades intrasectoriales se han buscado y estimulado en forma deliberada. Los trabajos realizados sobre esta materia por el Banco Mundial revelan, no obstante, dos hechos de suma importancia. El primero de ellos es la dificultad de hacer llegar determinados servicios a los sectores que viven en condiciones de extrema pobreza, entre otros motivos, por factores de tipo cultural, imperfecciones del mercado, frecuente dispersión de los beneficiarios a lo largo de una determinada zona geográfica, y altos costos de transporte. El segundo, que el éxito de los programas requiere una amplia y activa cooperación de la población beneficiada, así como una marcada descentralización administrativa y capacidad de decisión a los niveles locales. Todo ello, para combatir el principal riesgo que debe evitar la acción social: el paternalismo.

En Centroamérica, los sectores que, a mi juicio, deberían recibir la más alta prioridad, son nutrición y salud -incluyendo en esta última, los programas de agua potable y alcantarillado- seguridad alimentaria y educación. Los programas de reforma agraria, o de desarrollo rural integrado, según sea el caso, continuarán siendo de capital importancia, pero posiblemente encontrarían en el corto plazo serias limitaciones de orden financiero y administrativo, esto último por las condiciones de violencia prevalecientes en el agro de algunos países. En la medida en que estas dos restricciones pudieran irse atenuando, obviamente habría que impulsar acciones más vigorosas en esos campos, teniendo en cuenta, por

enero-junio/1989

supuesto, las distintas modalidades y grados de profundidad que sean viables en cada país. Las restricciones de carácter financiero también operarían en el caso del desarrollo urbano. No obstante, en los próximos años seguirá intensificándose el éxodo del campo a la ciudad, dando lugar a un proceso de urbanización que no obedecería necesariamente a la existencia de mayores oportunidades de empleo vinculadas al desarrollo industrial. La atención del problema de la urbanización ha recibido seria atención, desde hace muchos años, por parte del Banco Interamericano de Desarrollo. Por ello, considero que el estudio realizado en 1978 por ese organismo: "Tendencias Demográficas y de Urbanización en América Central y Panamá", debe ser revalorizado, incorporando en las tendencias que ahí se identificaban, los efectos desarticulantes de lo acontecido en los últimos seis años.

La identificación de la desnutrición y la salud como los sectores que en ningún caso podrían descuidarse, se basa en el hecho de que en esas áreas las necesidades parecen ser particularmente apremiantes. Se trata, también, de áreas en que la cooperación intrarregional ha avanzado en forma significativa, al menos en lo que se refiere al establecimiento de prioridades y a una cuantificación de los requerimientos financieros, tanto internos como externos.

En efecto, informaciones proporcionadas por la Organización Panamericana

de la Salud⁴ nos indican que el Consejo Directivo de ese organismo aprobó en 1984 un plan quinquenal de actividades para atender las siguientes prioridades sub-sectoriales en Centroamérica: i) el fortalecimiento de los servicios de salud; ii) la formación de recursos humanos para el sector, iii) el aumento en la disponibilidad de medicamentos esenciales; iv) el mejoramiento de la situación alimentaria y nutricional; v) el control de las principales enfermedades tropicales (malaria, fiebre amarilla y dengue); vi) un programa de acción inmediata para la supervivencia infantil; y vii) un programa para la provisión de servicios de agua potable y saneamiento ambiental.

Para el quinquenio 1985-1989 se han estimado necesidades totales de recursos externos, para proyectos nacionales, del orden de US\$962.3 millones, correspondiendo a la contraparte interna un total de recursos equivalente a US\$528.3 millones. La provisión de servicios de agua potable y alcantarillado constituye uno de los principales componentes del Plan Regional de Salud, ya que del total de recursos externos antes mencionado, US\$506.4 millones (42%) se destinarían a financiar las inversiones previstas en esos rubros. Las respectivas aportaciones internas serían equivalentes a US\$157.0 millones. A estas sumas se agregarían para proyectos regionales, recursos externos del orden de US\$260.0 millones y una contraparte regional por el equivalente de US\$210.5 millones. Los recursos externos para proyectos regionales de agua potable y alcantarillado se estiman en US\$11.1 millones.

La acción en materia de salud asume alta prioridad cuando se recuerda

4. *Necesidades prioritarias de salud en Centroamérica y Panamá*, Organización Panamericana de la Salud, Washington, D. C., noviembre de 1984.

que en la subregión centroamericana fallecen anualmente cerca de 100.000 niños menores de cinco años, dos de cada tres niños padecen de algún grado de desnutrición, se tiene el 33% de los casos de malaria del conjunto de América Latina aún cuando representamos sólo el 3.5 por ciento de la población regional y aproximadamente 10 millones de centroamericanos (el 40% de la población total) no tiene acceso a servicios básicos de salud. Hay por consiguiente, un drama humano que no puede desconocerse y que debe ser atendido con antelación a otros servicios.

La seguridad alimentaria resulta de vital importancia para Centroamérica, no sólo por su vínculo con la solución de los problemas de la nutrición y la salud, sino porque la subregión dispone de los recursos agrícolas necesarios para sustentar una acción efectiva en este campo y enfrentar, de esa manera, el rápido crecimiento que la población centroamericana continuará registrando en el futuro. Nuestros países plantearon ya en Bruselas, en septiembre de 1983, la necesidad de obtener recursos financieros para caminos de acceso, riego y almacenamiento, así como para apoyar un sistema regional de investigación agropecuaria y mejorar los programas de asistencia técnica a los agricultores.

En materia educativa, aún cuando en las tres últimas décadas se lograron avances significativos en los cinco países, en por lo menos tres de ellos subsisten altas tasas de analfabetismo y de baja escolaridad. Asimismo, por lo menos dos problemas se han intensificado como resultado de la

crisis. El primero y más inmediato de ellos, es el de las dificultades que se han presentado para hacer llegar la educación -formal y técnica a las zonas rurales, o sea, a las personas de más bajos ingresos. El segundo, la dificultad creciente de encontrar empleo, acompañado de una remuneración adecuada, para la juventud que egresa de nuestros centros de enseñanza técnica y de estudios superiores. En general, y sin pretender autoridad alguna en esta materia, pienso que los aspectos cualitativos de la educación asumirán en los próximos años creciente importancia. La regionalización de determinadas oportunidades educativas, sobre todo al nivel de estudios post-grado, o especialización, ofrece alternativas que han comenzado a dar resultados alentadores.

Conclusiones

1. La gran tarea por realizar en Centroamérica es situar al hombre centroamericano en el lugar que le corresponde como sujeto actuante, y no sólo objeto pasivo del desarrollo. En tanto que protagonista y beneficiario de este último, la realización de la plena potencialidad del hombre debe tomar como punto de partida, y destino final, la satisfacción de sus necesidades básicas, esto es, aquellas que favorezcan su desarrollo integral y le permitan vivir con dignidad.

El logro de este objetivo se ha hecho más difícil por la magnitud del problema que, con excepción de un país, plantea la situación de pobreza

enero-junio/1989

generalizada que existe en la región, pero, sobre todo, porque el estilo de desarrollo que prevaleció entre 1950 y 1980 no permitió modificar, en forma sensible, las realidades sociales preexistentes. Factores internos y externos, de diversa índole, se han aunado para producir un estado de cosas sumamente alarmante, adquiriendo la crisis una dimensión tan grande, que en ausencia de medidas correctivas las tensiones sociales inevitablemente continuará agravándose en los próximos años, pudiéndose llegar, incluso a situaciones de ruptura o dislocaciones sociales de alcances imprevisibles. La naturaleza y el grado de profundidad de dichas medidas correctivas deberán ser definidos al nivel de cada país.

2. La crisis política regional ha incidido de manera directa y en forma dramática sobre un cuadro económico que ya era preocupante, con efectos devastadores, imposibles de superar a corto plazo, sobre la realidad social. Modificar esta situación va a requerir, como se ha señalado reiteradas veces en este Foro, un importante apoyo de la cooperación internacional, pero, sobre todo, exigirá un esfuerzo interno sin precedentes.
3. En fecha reciente ha comenzado a manejarse en América Latina, una vez más, el concepto de la autoafirmación colectiva, como una estrate-

gia alternativa de desarrollo.⁵ Creo que debemos reflexionar sobre ese concepto, no sólo por su vitalidad, sino también porque a ese principio rector obedecieron las negociaciones que a mediados de la década anterior se efectuaron sin éxito, alrededor de la reestructuración del Mercado Común Centroamericano. Estoy convencido de que la estrategia de desarrollo que entonces discutimos tiene hoy mayor validez que en el pasado, y que debe ser reexaminada, precisamente porque se proponía un camino alternativo. Con el propósito de evitar equívocos, me apresuro a aclarar que no se trata de propugnar una nueva discusión de los aspectos formales o jurídicos de la reestructuración, sino de su contenido conceptual y estratégico, que es, en las condiciones actuales, realmente el que interesa. Sin siquiera darnos cuenta, muchos de los postulados estratégicos que informaron aquellas discusiones se han venido realizando, tal como ha sucedido con la revisión de la política arancelaria y con las nuevas perspectivas que se han planteado respecto de la Comunidad Económica Europea. Lo paradójico ha sido, en el segundo caso, que tuvo que surgir una profunda crisis subregional para que de nuevo, Centroamérica pudiera replantearse seriamente, la posibilidad de una cooperación europea.

4. El problema centroamericano no se encuentra planteado, como podrían pensar algunos, dentro de los límites estrechos de una opción entre el "continuismo" y la "transformación" de nuestro estilo de desarrollo. La

5. Enrique Oteiza, ed., *Autoafirmación colectiva: una estrategia alternativa de desarrollo*. Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1983.

población centroamericana ya no se pregunta si deben o no transformarse nuestras sociedades, sino que le interesa indagar sobre el tipo de transformación que debería producirse, así como la gradualidad, u

oportunidad, con que dicho proceso debería lograrse.

Estoy firmemente convencido de que tenemos la capacidad de moldear nuestro propio destino, lo que debemos hacer es comenzar a construirlo